

MI DIOS, MI HIJO

Carlo CARRETO



Durante el Adviento estuve en las claras y cálidas dunas de Beni Abbes, el hermoso oasis del Sahara.

Había decidido prepararme para la Navidad en soledad y había elegido el pozo de Ouarourout como el lugar donde el agua era abundante y una pequeña cueva natural podía servir de capilla.

Salí después de la fiesta de la Inmaculada Concepción con un clima hermoso y un gran deseo de soledad.

Pero ... el clima no tardó en cambiar y el desierto se volvió lívido y frío por la alta niebla que cubría el sol.

Incluso la soledad se volvió difícil porque Ali, hijo de Mohamed Assani, me había descubierto, un verdadero amigo que pastoreaba sus once ovejas cerca y que estaba sediento de compañía y conversación.

Parecía que lo hacía a propósito, pero ya no podía encontrar pastos más adecuados y más ricos para sus animales que Ouarourout.

Caminaba a mi alrededor, desde la distancia por supuesto, porque sabía que cuando estaba en oración tenía que ... mantenerse alejado y no molestarme.

El pozo era común y por eso estaba justificado acercarme a él cuando fui a sacar agua.

Eso sí, aprovechó para invitarme al té que él mismo se preparó después de tomar todo lo que necesitaba en mi carpa.

Ali hizo bien el té y le encantaba acompañarlo con pan que había horneado bajo las cenizas.

Luego se fue a los pastos y durante todo el día se contentó con mirarme desde lejos, buscando en la arena pequeños fósiles y hallazgos arqueológicos, como

puntas de flecha de la Edad de Piedra, que luego me vendía regularmente. El tiempo empeoró y tuve que reforzar las cuerdas que sujetaban la carpa anticipándome a la terrible tormenta en el desierto.

Pronto estalló la tormenta. Cualquiera que haya estado en el desierto sabe lo que es una tormenta de arena.

Para contarte lo que puede pasar, recuerda que a plena luz del día tienes que encender los faros del coche para ver la pista y los cristales y la pintura congelados por la violencia de la arena.

Mi único refugio se convirtió en la cueva y pensé en quedarme allí día y noche sin querer interrumpir el retiro.

Pensando en Ali, a quien nunca había visto desde entonces, estaba convencido de que debía haber entendido las cosas a tiempo y, para no sorprenderse con la tormenta, ciertamente había llegado al redil y a la tienda paterna que estaban ubicadas a una docena de kilómetros de Ouarourout, intersección de la carretera Bechar.

¿i¿iEn lugar!?!?

Estaba rezando en la cueva cuando lo vi entrar corriendo, agitado al extremo y con su bastón de pastor.

«Ven, ven, hermano Carlo. Las ovejas mueren en la arena: están perdidas... ayúdame ».

Corrí al auto y con él nos lanzamos al desierto arrastrados por el viento y la arena que nos cegaba.

No fue fácil encontrar ovejas en ese infierno. Estaban asustados, debilitados y vagaban aquí y allá entre las ráfagas de arena y lluvia que habían comenzado a caer.

Nunca había visto algo así y experimenté una vez más cómo en el desierto la vida y la muerte están tan cerca de casa.

Mientras conducía el auto y trataba de no perderme, Ali corrió hacia las ovejas y una a una las bloqueó en el auto, exhausta y entumecida por el miedo.

Pudimos llevar a las ovejas a la cueva, el único refugio posible para escapar de ese huracán que nos cortó el aliento.

La pequeña cueva estaba llena de lana, balidos y olor acre a oveja.

No me costó pensar en la gruta de Belén y traté de calentarme colocándome cerca de la oveja más grande que, mojada como yo, temblaba en la penumbra del atardecer.

Saqué la Eucaristía del tabernáculo y colgué el relicario alrededor de mi cuello debajo del "bournous".

Por supuesto, no pudimos hacer fuego para la cena y tuvimos que contentarnos con pan y una lata de sardinas.

Pero a Ali le gustaban las sardinas.

Quería rezarle e inmediatamente me di cuenta de que, básicamente, no se había equivocado con todo ese alboroto.

Quizás podría haber pasado una noche algo especial.

Se acercaba la Navidad.

Estaba en una cueva con un pastor. Tenía frío.

Había ovejas y huele a estiércol. No faltaba nada.

La Eucaristía que me había colgado del cuello me comprometió a pensar en Jesús presente bajo el signo del pan, tan parecido al signo de Belén, la tierra del pan.

Caía la noche. Afuera, la tormenta

seguía arrasando el desierto.

Ahora en la cueva todo estaba en silencio.

Las ovejas llenaron el espacio disponible.

Alí dormía envuelto en su "bournous" con la cabeza apoyada en el hombro de una gran oveja. A sus pies tenía dos corderitos.

Le recé repitiendo el Evangelio de Lucas de memoria.

«Ahora, estando ellos en ese lugar, se cumplieron para ella los días del nacimiento. Ella dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo metió en un pesebre porque no había lugar para ellos en el hotel "(Lucas 2,6). Guardé silencio y esperé.

María se convirtió en mi oración y la sentí cerca de mí

Jesús estaba en la Eucaristía allí mismo cubierto por el manto.

Toda mi fe, mi esperanza, mi amor estaban en un solo lugar.

Ya no necesitaba meditar: bastaba contemplar en silencio. Tenía toda la noche disponible y el amanecer aún estaba muy lejos.

Estaba soñando? Estaba despierto?

Yo no sé. El conjunto era uno.

Después de todo, ¿cuál es la diferencia entre el sueño y la realidad cuando el sueño se refiere a la venida de Dios a la tierra y la realidad es una cueva como la descrita por los evangelistas?

Creer que Dios se hizo hombre es el mayor sueño del hombre. Parece que tal fue el deseo de unir la tierra al cielo que la Navidad se convirtió en el cumplimiento de ese deseo.

En resumen, ¿quería la Navidad, la venida de Dios a la tierra, y la soñé o es un evento extraordinario como un sueño hecho realidad?

Creo que ambos, es tan extraordinario; ciertamente la venida anticipó el sueño porque ninguno de nosotros habría podido tener un sueño tan único y hermoso. ¿Qué dices, María, tú que estás más interesada? ¿No parecía un sueño tener un hijo así?

¿Te pareció real? Haberlo generado en la carne no fue nada comparado con el esfuerzo de generarlo en la fe.

Ver un bebé, tu bebé fue fácil, pero creer, creer mientras lo hacías "orinar" en un rincón que él, tu bebé, era el Hijo de Dios, no fue fácil.

La fe fue ciertamente oscura, dolorosa también para ti, no solo para nosotros, tus hermanos en esta tierra de los vivos.

Tengo el estuche que contiene la Eucaristía aquí debajo del manto que cuelga de mi cuello. Es un pequeño trozo de pan consagrado por la fe de la Iglesia, lo llevo conmigo, lo amo, lo adoro pero ...

... ¡No es fácil de creer!

¿No es así, María?

¿No es lo mismo para ti?

No hay mayor esfuerzo en la tierra que el esfuerzo de creer, esperar, amar: lo sabes.

Tu prima Isabel tenía razón cuando te decía: «¡Bienaventurados los que creyeron! “

Sí, María, bendita tú que creíste.

Bienaventurada tú que me ayudas a creer, bendita tú que tuviste la fuerza para aceptar todo el misterio de la Natividad y haber tenido el coraje de prestar tu cuerpo a tal acontecimiento que no tiene límites en su grandeza e improbable pequeñez.

En la encarnación, los extremos se tocaron y lo infinitamente distante se convirtió en lo infinitamente cercano, y lo infinitamente poderoso se convirtió en infinitamente pobre.

María, ¿entiendes lo que hiciste?

Te las arreglaste para mantenerte firme bajo el peso de un misterio sin límites. Lograste no temblar ante la luz del Eterno que buscaba tu vientre como hogar para calentarte.

Lograste no morir de miedo frente a la sonrisa de Satanás que te decía que era imposible que la trascendencia de Dios se encarnara en la inmundicia de la humanidad.

¡Qué valor, María!

Solo su humildad podría ayudarlo a soportar tal impacto de luz y oscuridad.

Hasta ayer solía decir: “Padre nuestro que estás en los cielos”. Seamos claros: tampoco es tan fácil. Creer que Dios creador, poder infinito es padre y padre del amor, es ya fruto de un largo camino en la fe.

En el pasado, bajo el fuego de los truenos y relámpagos era más fácil pensar en un Dios que te asustaba.

No en vano la preocupación por el infierno y los dolores eternos ha perseguido las noches de los pecadores.

Es casi natural tener miedo de un Dios creador.

Un Dios incomunicable, único.

Ante él, tan poderoso, no queda nada más que caer al suelo de rodillas.

La unicidad y trascendencia de Dios son la primera fuente de terror. Al leer el Antiguo Testamento, escuchas su eco profundo y sientes el camino que hace el

Pueblo de Dios en su largo éxodo de la esclavitud a la Santa Promesa. Aquí y allá está la voz del profeta que ya anuncia el amor: “¿Puede una madre olvidar a su hijo? ¿Puede una mujer abandonar el fruto de su vientre? Y aunque éste se olvide de él, yo no me olvidaré de ti ”(Isaías 49:15).

Pero también está el del legislador que dice: “Dios no deja la culpa de los padres en los hijos sin castigo y castigo, y en los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34: 7).

Lea Levítico, Números y sobre todo Deuteronomio y se convencerá si no es cierto que “el temor de Dios es el principio de la sabiduría”.

Pero esta noche estoy aquí y ya no pienso en Levítico o Deuteronomio.

Estoy aquí en un establo junto a María y me sumerjo en el Evangelio y el Evangelio me dice: “María dio a luz a su hijo primogénito” (Lc 2, 7).

La trascendencia se ha convertido en encarnación, el miedo se ha convertido en dulzura, la incomunicabilidad abraza.

Lo lejano se ha acercado, Dios se hizo hijo.

¿Entiendes qué cambio se ha producido?

Por primera vez una mujer pudo decir con toda verdad: “Dios mío, hijo mío”.

Ahora ya no tengo miedo. Si Dios es ese niño colocado allí sobre la paja de la cueva, Dios ya no me asusta.

Y si yo también puedo susurrar junto a María: “Dios mío, hijo mío”, el cielo ha entrado en mi hogar, trayendo realmente paz.

Puedo tener miedo de mi padre, especialmente cuando todavía no lo conozco, pero no de mi hijo.

De un hijo que tomo en mis brazos que froto contra su piel sedienta, un hijo que me pide protección y calor, no.

No estoy asustado. No estoy asustado.

Ya no tengo miedo. La paz que es la intrepidez ahora está conmigo.

Ahora el único esfuerzo que me queda es creer. Y creer es como generar. En la fe sigo generando a Jesús como un hijo.

María así lo hizo. Ciertamente fue más fácil para ella generar a Jesús en la carne: nueve meses fueron suficientes.

Para generar a Jesús en la fe tuvo que dedicar toda su vida desde Belén hasta el Calvario.

María, yo creo como tú que ese niño es Dios y es tu hijo y lo adoro.

Adoro su presencia en el estuche que llevo debajo de mi manto, donde se esconde bajo el frágil signo del pan, más frágil que la carne.

Te escucho, María, repitiendo de vez en cuando, como en Belén:

“Dios mío, hijo mío”.

Y yo te respondo: “Dios mío, hijo mío”. Es el rosario de esta noche.

Como entonces.

El aliento de los animales calienta la cueva como lo hizo entonces.

Hermano Carlo CARRETO